

se ha echao mano al bolsillo / siete pesetas le da.

El ciego, entre una y otra estrofa, aprovecha para sacar de la faja un pañuelo de color difícil de identificar y se lo pasa por la frente para enjugar el sudor, que en sucias perlas le rueda por el rostro. El público aprovecha el fugaz intervalo para desatar la respiración contenida y desbloquear el pensamiento entregado por entero a la aventura narrada. Después, sin la más mínima vacilación, acostumbrado a recitar una y cien veces el poema, el viejo reanuda la historia.

- Es usted una bella rosa, / es usted un bello clavel,  
esta noche va por casa / que allí la socorreré.

La Lola fue por su casa / y el caballero la vio,  
la ha cogido de la mano, / la metió en su habitación,  
le pidió cosa imposible / y ella le dijo que no.

- Primero pierdo la vida / antes de manchar mi honor;  
el caballero con ira / con un puñal en el pecho  
primero pierde la vida / si no lograra su intento.

Los chiquillos, ajenos por momentos a la historia narrada, desvían la miradas a un perro cuyos ladridos se dirigen contra un labriego que pasa con una acémila del ramal, y que pronto son acallados por el gesto amenazador del rústico. Uno de los serones que porta la caballería va repleto de leña de olivo, en el otro se puede ver la carga de jugosas correhuelas y verdolagas. El repiqueteo armonioso de los cascos sobre el empedrado, por instantes música de fondo para el recitado del viejo, se va desvaneciendo calle abajo, mientras el arriero vuelve la cabeza para lanzar una mirada, mezcla de lástima e indiferencia, al vetusto individuo.

- Si estuviera aquí mi Enrique, / el Enrique de mi alma,  
sacaría la defensa / por la pobre de su hermana.

- ¿Es que usted se llama Lola? / - Lola me llamo, señor.

- Mátame, hermana mía, / que he sido tu inquisidor.

Allí fueron los abrazos / de los hermanos queridos,  
allí fueron los abrazos / y allí fueron conocidos.

La satisfacción parece posarse en los semblantes de aquellas mujeres que han soportado con tensión reprimida el desenlace de la historia, y la sangre que golpeaba sus sienes, impregnada por la emoción, desciende en alegre raudal para agitar con ritmo certero sus sensibles corazones.

Hay quien no pueden evitar que alguna lagrimilla traicionera delate sus excesiva sensibilidad.

A continuación, el rapaz, exponiendo en sus manos las cuartillas de distintos colores, espera paciente las demandas del respetable.

- A mí dame una de éstas de "Los hermanos huérfanos" y otra de "La novia abandonada".

- Pues a mí me das éstas dos y la de "El crimen en la posada".

- Son veinte céntimos... y usted treinta...

La mayoría de ellas, nada duchas en letras, que compran las coplas para que se las lean en voz alta, miran con asombro el papel, experimentando cierta duda al imaginar que aquello, que semeja hileras de hormigas perfectamente formadas, en espacio tan exiguo, pueda contener toda la historia que acaba de narrar el viejo. "Esto de la escritura debe de ser cosa del diablo", quizá piense más de una.

El corro termina por dispersarse. Los niños, con gran algarabía, retoman sus juegos suspendidos, y los mayores, el que más y el que menos satisfechos con la función, vuelven a sus tareas. El ciego hace cuentas con su joven ayudante mientras recogen los trastos y se felicitan de lo vendido.

- Habrá que pedir más copias, sobre todo de "Los hermanos huérfanos", antes de bajar al sur de la provincia, porque de seguir así,

se nos acabarán muy pronto.

El mozuelo, al que todo esto parece traerle al paio, mueve la cabeza -36- en gesto de asentimiento, como si el ciego pudiera adivinar su muestra de aprobación, mientras siguen su camino calle arriba con paso lento e inseguro y se adentran en la calle de la Padilla en busca de otro punto idóneo donde poder desplegar el artificio y comenzar una nueva función.

El sol, perezoso y soñador, como suspendido de un cable invisible, ejecuta su danza ingravida sobre el inmenso decorado del cielo y la calle vuelve a palpar con el ritmo vivo del mediodía.



El personaje del ciego de las coplas es otra estampa que se ha ido diluyendo en el caudal pretérito y que se desliza tan sólo por la memoria de los más antiguos. Esta figura, afín a los pregoneros en el soniquete de cantar sus historias y remembranzas en forma declamativa muy particular, pululó por nuestra amplia geografía narrando sus relatos y sucesos, historias acontecidas, generalmente truculentas, a los curiosos que se agolpaban para oírlos. Pertenecía a esa resignada (¿y alegre?) especie que declamaba no por amor al arte, sino por imposición de la agobiante e ineludible

necesidad. Sobrevivían gracias a la limosna de sus conciudadanos y, con el correr del tiempo, también a la venta de los pliegos en los que iban impresas las historias contadas (o cantadas) por ellos. En realidad, se puede decir que fueron los precursores de lo que hoy podríamos llamar prensa rosa y de los periódicos de sucesos, a los que el vulgo fue siempre tan aficionado por estos lares. Ejercían, como alguien ha definido, el periodismo de los pobres.

Los así llamados romances de ciego o de cordel son composiciones versificadas vulgares, que cuentan las historias más diversas y que no siempre se ciñen al modelo literario del verdadero romance. Por lo general son de autores iletrados anónimos o desconocidos - saineteros irrelevantes, entusiastas troveros y cazadores de rimas - cuyos relatos aludían a acontecimientos más bien recientes y ubicados en lugares concretos, que causaron una enorme impresión por su desmedido dramatismo o crueldad, o por su infausto desenlace.

Eran principalmente los ciegos - de ahí su nombre - e inválidos (y algún que otro pícaro intruso) quienes difundían estos romances, llamados por la gente simplemente "coplas". Su difusión se hacía tanto a través de su interpretación oral directa como por la venta de las hojas o pliegos con el texto impreso, lo que suponía, como antes se dijo, aparte de alguna que otra la limosna de los asistentes a la "representación", su modo de subsistencia. Aunque a decir verdad, y según apuntan algunos estudiosos del tema, toda esta estructura no era tan espontánea como se podría pensar en un primer vistazo al capítulo de su financiación. Los ciegos llegaron a constituir una especie de hermandad, que actuaba como una verdadera asociación gremial y que practicaba un auténtico monopolio en cuanto a los derechos de autorización de la impresión y posterior venta de los pliegos.

La extensión de estos pliegos variaba generalmente de una a cuatro páginas, y solían ir acompañados de unos dibujos xilografiados en la parte de arriba. Estos impresos recibían el nombre de "pliegos de cordel" porque se exponían, para su venta, colgados de una cuerdecita y cogidos con unas pinzas, función ésta que solían hacer a menudo trozos de caña preparados para ese fin, para evitar que se los llevase el aire.

La importancia de los ciegos como transmisores de romances sobre sucesos y situaciones de su tiempo es enorme, y creemos que nadie les puede negar ese mérito. Igualmente fueron propagadores de variantes de antiguos romances épicos, poniendo al gusto de su época circunstancias y personajes de antiguas composiciones.

Los intérpretes solían relatar estos romances en los lugares céntricos y más concurridos de las poblaciones, como eran los mercados y plazas. Muchos de ellos lo hacían cantando, acompañándose en ocasiones de instrumentos como el rabel, la zanfona o el violín, aunque en la mayoría de los casos su virtuosismo musical dejara mucho que desear. A la vez tenían casi siempre un tablero o lienzo con los personajes y escenas del romance, que iba señalando con un palo a modo de puntero. La gente compraba estas historias para declamarlas o cantarlas en las reuniones y fiestas familiares y vecinales o entre amigos, pues pocos o ninguno, sobre todo en las pequeñas localidades, eran los espectáculos colectivos que existían. Y es que en dichas fiestas, aparte de cantar y bailar, se contaban cuentos y recitaban romances.

En la mayoría de las ocasiones los relatos trataban de difundir una enseñanza